

en modo alguno. Podreis muy bien arrancarle algunas demostraciones exteriores, algunas palabras falsas, algunas promesas ilusorias; pero no ejerceréis sobre sus sentimientos imperio alguno mientras él mismo no os le conceda; y si obteneis de vuestro discípulo algun signo de un afecto que en realidad no experimenta, sólo conseguireis añadir al mal de la desconfianza el mal del disimulo.

Esta soberana independendencia del corazon del discípulo es un hecho sobre el cual generalmente no se ha reflexionado bastante.

Los beneficios del padre y de la madre son tan incesantes y tan inmensos, su ternura tan ardiente y tan expansiva, que la confianza del niño se arroja, por decirlo así, en brazos de sus padres por un movimiento natural é instintivo; y la razon del hijo no se alimenta sino por la fe que tiene en los autores de sus dias. La confianza filial, por consecuencia, tiene á un mismo tiempo, como deber toda la lucidez de un axioma, como sentimiento todo el calor que de un corazon jóven es susceptible.

Mas para todos los demás, este jóven corazon, esta razon naciente reivindica sus derechos y se mantiene en una completa independendencia. El niño no puede disponer de otro tesoro que del de su confianza, y no le concede sino de veras.

Y reparad en que á nadie se le ocurre nunca decir á un niño. «Yo te mando estimar..... exijo que tú ames.....» sino que cuando se trata de infundirle semejante sentimiento respecto á cualquier persona, se le pinta esta con los colores mas favorables, se le describen sus buenas circunstancias, se elogia su conducta: en una palabra, se trata de persuadirle.

Comprended bien este ejemplo; y si quereis que vuestro discípulo os conceda su confianza, es decir, que os estime y ame, persuadidle bien, por todos vuestros actos, de que no tiene mejor guia ni mejor consejero que vós, despues de sus padres.

Os citaré al efecto la respuesta que dió un dia cierto preeptor á su discípulo.

Estaba encargado este maestro hacia algunos meses de la educacion de un niño de doce años, caprichoso en extremo y muy mimado hasta entonces. A la dulzura y á la paciencia unia el maestro la firmeza y la exactitud, cualidades que no eran del gusto de su discípulo. El niño, por consecuencia, no prestaba á su maestro sino una obediencia exterior, su corazon permanecia indócil. Resentíase en todo su conducta de tan fatal disposicion; eran sus progresos casi nulos, porque estudiaba de mala gana; y, sin faltar jamás con su maestro á las reglas de la conveniencia, le dejaba entender con bastante claridad la aversion que le tenia. Un dia en que este sentimiento se manifestó mas vivamente que de ordinario, el maestro le dijo: «Yo os obligaré á cambiar por completo.—¿Y cómo? replicó el niño mirándole con un aire frio é irónico.—Os amaré tanto, dijo el maestro, que al fin os veréis obligado á amarme.» Antes de un año, se cumplió la prediccion. Reconoció el niño en su maestro un afecto tan verdadero y tan nobles cualidades, que insensiblemente fué la aversion haciendo lugar á una amistad sincera. Esta amistad dura todavía, tan afectuosa como nunca, á pesar del largo tiempo transcurrido desde que terminó la educacion del jóven.

Luego semejante estimacion, base de la confianza, la llegaréis á obtener indudablemente si os mostrais tal como sois, y si sois lo que debeis.

No hay cosa alguna que inspire á los niños mas confianza que la sinceridad y la franqueza, ni nada que enajene su corazon como el disimulo y la hipocresía. La mentira, que tiene el defecto de permitirse á si mismos con mucha frecuencia, y que les parece (por mas que sea erróneo) muy excusable respecto á ellos, á causa de su debilidad y de su posicion dependiente, merece toda su execracion y la tienen por odiosa y vil cuando la ven usada por cual-

quier persona que ejerza sobre ellos alguna autoridad. Y extienden su desprecio á todos los defectos que tienen alguna afinidad con la mentira, como el disimulo, la afectacion, la exageracion.

No creais, además, que el engañarlos sea fácil. Cuando no se ha observado de cerca á los niños, no es posible figurarse hasta que punto llega su penetracion y su finura para distinguir los sentimientos mas ocultos de su maestro. No hallándose distraida su atencion como la de los hombres sobre una multitud de pensamientos diversos, se concentra sobre una persona á quien tanto les importa conocer; nada se les escapa; ven y comprenden cuanto delante de ellos pasa, y aun adivinan mucho de lo que se les reserva. Juzgan mal algunas veces, pero observan bien; y para conocer los afectos, es inútil el juicio, bastando la observacion. La falta de acuerdo entre lo que un hombre es en realidad y entre lo que aparenta ser choca á un espíritu jóven y sencillo tan naturalmente, como á un oído delicado las disonancias musicales; no siendo preciso para esto ni experiencia, ni estudio.

¿Creeis, por ejemplo, que puede obtener la confianza de los niños un maestro que, en presencia de los padres y de las autoridades, habla con dulzura á sus discípulos y los reprende con paciencia, y que cambia luego de tono, mostrándose rudo y colérico, cuando con ellos queda solo? Mas le estimarian si le vieran mostrarse siempre tal cual es, sin cubrirse con una máscara en ciertas ocasiones. Por muy desagradable que sea soportar la impaciencia y la rudeza, les chocarian mucho menos estas cualidades que la de contemplar hipócrita á su maestro. Se puede estimar á un hombre brutal, pero jamás se estima á un hombre falso.

A fin de que un maestro pueda mostrarse ante los niños tal y como es, es absolutamente necesario que sea lo que debe.

Sed pues cariñoso en realidad, sed en realidad modesto.

Os lo he recomendado ya, y nada tengo que deciros sobre tan importante objeto. Me bastará llamar vuestra atencion sobre dos puntos, relativos, el uno al efecto de los maestros, y el otro á la modestia.

Cuanto mas animado estéis de cariño hácia vuestros discípulos y hácia vuestros deberes, menos debeis hablar de este cariño: quien bien ama da testimonio de sus sentimientos por su conducta, no pensando jamás en decir: «Yo amo». Las protestas de cariño y celo, por muy sinceras que quieran ser, tienen siempre algo de teatral, no parece, al hacerlas, sino que se está representando un papel. El hombre honrado, por regla general, no habla de su probidad, ni el valiente de su valor: haced lo mismo por lo que respecta á vuestras circunstancias, y muy especialmente sobre la que me ocupa. No habéis jamás de vuestro celo, vuestras obras hablarán por vos.

El consejo que os debo dar sobre la modestia, tiene alguna relacion con el que precede: héle aquí en dos palabras: nunca habéis de vos con vuestros discípulos, y observad con ellos, mas escrupulosamente aun que con el público, el precepto que os he dado ya sobre este punto (1).

Hay hombres tan llenos de sí mismos, que en toda conversacion se están poniendo en escena á cada instante. No cesa el *yo* de salir de su boca: sus estudios, sus trabajos, sus esperanzas, sus temores, son el único objeto de su conversacion. Acaso no haya hombres mas expuestos á esta manía que los que enseñan, porque tienen la seguridad de encontrar siempre en sus discípulos unos oyentes que, no sólo acogen con ardor sus confidencias, sino que tienen algunas veces un maligno placer en provocarlas.

No hay dudar en que semejante defecto es leve cuando no proviene de idea de suficiencia ni de orgullo, cuando es su origen solamente la necesidad de expansion de un

---

(1) Capítulo XIII.

alma amante , necesidad que hace mas imperiosa aun la vida estudiosa y solitaria que lleva el hombre encargado de instruir á la juventud. Como se interesa vivamente por los niños , cree que estos se interesan del mismo modo por cuanto á él concierne , y semejante creencia es un error. Sed , pues , afectuoso con vuestros discípulos , pero digno siempre ; habladles mucho de ellos , y muy poco de vos.

Lo que tambien importa mucho á un maestro para conservar la confianza de sus discípulos , y especialmente al dar principio á su carrera , es el no incurrir en equivocaciones al suministrar la enseñanza. No os recomendaré bastante , por mucho que lo haga , que estudiéis y penseis detenidamente cuanto hayais de enseñar , á fin de evitar la menor falta de este especie , el mas pequeño error. Cuando se trata con hombres instruidos , nada mas comun que decir: « Me he equivocado. » Pero con vuestros discípulos , que no tienen conocimiento del mundo , con el público que os rodea , y cuya inteligencia no ha sido bastante cultivada para saber hasta que punto es fácil al hombre mas instruido incurrir en error , nada habria mas sorprendente ni que os perjudicara tanto que un dicho semejante. ¿ Qué cosa mas natural , por ejemplo , que equivocarse en una operacion de aritmética ? Esto nos sucede á todos : no hay banquero ni comerciante que , al enviar una cuenta á sus corresponsales , no añada estas palabras : *Salvo error ú omision*. Pues bien , si á vos os sucediera el cometer un error de este género , las personas que os rodearan quedarian tan sorprendidas como descontentas , y no le achacarian á la irreflexion ni á la distraccion , sino que la imputarian de ignorancia. Se diria desde luego : « No sabe su oficio. » Y lo mismo puede decirse de la ortografía , de la geografía y de las demas asignaturas. Proceded con lentitud siempre que efectúeis operaciones ; tomaos tiempo para contestar á lo que se os pregunte ; mas no opereis ni contesteis sin plena seguridad de acierto. No os comprometais en su ca-

so sino á decir : « Quiero examinar despacio esta cuestion, reflexionaré sobre este punto. » Mejor es esto que equivocarnos. Vuestra falta seria un objeto de vanagloria para el que hubiese podido notarla , y de murmuracion para todo el mundo. Aun pasados diez años se hablará de ella ; aun despues de diez años , despues de veinte , se preguntará á los discípulos de vuestra escuela : « Dime , ¿ se equivoca algunas veces todavía el maestro?... ¡ Cómo se lo noté yo hace veinte años ! »

Esto seria un verdadero obstáculo para el éxito de vuestras tareas y para los progresos de vuestros discípulos ; porque , como ha dicho perfectamente un célebre filósofo, *es indispensable que el discípulo tenga fé en su maestro.*

Figurarse que es posible incurrir impunemente en un error , dirigiéndose á los discípulos , es conocerlos bien mal , es ignorar lo muy dispuestos que se hallan ( á lo menos en las ciudades ) á examinar lo que saben sus maestros , y la avidez con que recogen toda falta por la cual pueda dudarse de sus conocimientos ; si el maestro es joven , se dice que aun no sabe ; si es viejo , que no sabe mas.

## CAPÍTULO XIV.

### MEDIOS DE ANIMAR Á LOS NIÑOS PARA EL CUMPLIMIENTO DE SUS DEBERES.

Los medios de que el maestro puede disponer para obrar sobre los caracteres tan distintos de sus discípulos son de dos clases, de excitacion los unos y de represion los otros : una sábia combinacion de ambos produce resultados mas seguros.

Los primeros encaminan la voluntad del discípulo hácia

el bien por las emociones del placer y de la esperanza, y los segundos apartan del mal por las impresiones del temor y del dolor.

Ocupémonos de los primeros.

Tales son la razon, los sentimientos religiosos, el amor filial, las alabanzas, la emulacion y las recompensas.

Puede muy bien hablarse á la razon de los niños, con tal que sobre ellos se conserve la bastante autoridad para hacerse obedecer sin necesidad de recurrir á este lenguaje. Si habitualmente son dóciles, ¿ por qué no explicarles pudiendo hacerlo sin inconveniente, los motivos de la conducta que con ellos se observa ?

« Buscad, dice Fenelon, todos los medios de hacer agradable á los niños lo que de ellos exijais. Cuando les propongais que hagan alguna cosa difeíl, hacedles entender que el placer seguirá muy pronto á la pena que se hayan de tomar. Mostradles siempre la utilidad de lo que les enseñeis, hacedles ver su uso. » « Esto, les direis, es para poneros en estado de cumplir luego como se debe con las obligaciones que os imponga la profesion ú oficio que sigais; es para formar vuestro juicio; es para enseñaros á hacer vuestros negocios por vosotros mismos, sin temor de ser engañados; para quitaros una costumbre que puede seros perniciosa. »

El sentimiento religioso excede mucho en fuerza á la razon. Dichoso el maestro que le sabe emplear con éxito, y aprovechar la inocencia de sus jóvenes discípulos para dar á todas las determinaciones de estos, como primer móvil, el deseo de complacer á Dios. No dejará nunca la pureza de adornarlos, y, bajo la proteccion de este guardian divino, conservarán todas aquellas hermosísimas virtudes que constituyen el mérito y hacen el encanto de la infancia. Mas para obtener, Anatolio, semejante resultado, es ante todo indispensable que seais digno de él. Hablad de la religion con entusiasmo, pero estad animado vos mismo de un espíritu religioso vivo y sincero. Quien

no siente este ardor sagrado y contagioso es incapaz de transmitirlo.

Infundid cuidadosamente en el alma de vuestro discípulo el deseo de agradar á sus padres; haced que considere la satisfaccion de estos como la mas bella corona que puede recompensar sus esfuerzos: que se dedique al trabajo con intencion de complacer á aquellos, que se aparte de cuanto es malo para evitar disgustos á un padre cariñoso y á una tierna madre. Ya os he dicho que es una especie de sacrilegio el abusar del sentimiento tratándose de educar; pero este medio, sabiamente empleado, suaviza el carácter y eleva el alma del discípulo.

La alabanza, á la cual naturalmente son los niños muy sensibles, puede asimismo producir los mas dichosos resultados; pues tanto cuanto temen la vergüenza y el desprecio, les satisface recibir pruebas de estimacion. Sabed por consecuencia hacer un buen uso de la alabanza para estimular á vuestros discípulos; pero no la empleeis sin una prudente reserva; la alabanza prodigada pierde por completo su valor, volviendo al niño insensible á sus encantos, dada sin discernimiento produce orgullo, y hace que se considere el niño superior á cuantos le rodean, que se haga vanidoso, exigente, obstinado. No le alabeis sino rara vez, con reserva: y hacedle comprender que lo que en él se elogia, no es sino en virtud de lo débil de su edad; que conozca siempre la indulgencia en el fondo de la alabanza.

Estableced y conservad la emulacion entre vuestros discípulos; un niño á quien las mas vivas exhortaciones no son capaces de sacar de su apatía, será posible que haga á veces esfuerzos extraordinarios por no quedar inferior á sus compañeros. La emulacion sin envidia es un excelente resorte en manos de un maestro hábil. Algunos moralistas injustos con la emulacion, le atribuyen males que no son originados por ella. Si en algunos espíritus jóvenes degenera en celosa fiebre, es porque están ya corrompidos ó